

ct

El cielo en la piel

Rapsodia escénica

de
Edgar Chías

(fragmento)

Número de Registro INDAUTOR: 03-2012-070710002200-01

E-mail de contacto: edgarchias@gmail.com

ADVERTENCIA: Todos los Derechos para su puesta en escena en Teatro, Radio, Cine, Televisión o Lectura Pública, están reservados tanto para compañías Profesionales como Aficionados. Los Derechos y permisos deben obtenerse a través de SOGEM. Quedan reservados todos los derechos. Quedan expresamente prohibidos los siguientes actos sobre esta obra y sus contenidos; a) toda reproducción, temporal o permanente, total o parcial, por cualquier medio o cualquier forma; b) la traducción, adaptación, reordenación y cualquier otra modificación no autorizada por el autor a través de su agente; c) cualquier forma de distribución de las obras o copias de la misma; d) cualquier forma de comunicación, exhibición o representación de los resultados de los actos a los que se refiere la letra (b); e) queda expresamente prohibida la utilización de otro nombre que no sea el del autor como responsable de esta obra, en especial, en las formas “versión de” o “adaptación de”, ya que el autor es propietario del 100% de los derechos de estas obras. Los cambios de lenguaje, contextualización al habla de las distintas culturas, cortes, agregados de palabras, improvisaciones, modificaciones de escenas o de personajes, etc., forman parte del dinámico trabajo de puesta en escena en el teatro actual por parte de directores y actores, pero no da pie en ningún caso a entender el espectáculo como “versión” o “adaptación” de este original. Las adaptaciones serán permitidas cuando se trate de un género a otro (teatro a cine, por ejemplo) pero siempre bajo la autorización del autor a través de su agente, SOGEM. La infracción de estos derechos podrá conllevar el ejercicio de las acciones judiciales que en Derecho haya contra el infractor o los responsables de la infracción. Los Derechos de estas piezas están protegidos por las leyes de Propiedad Intelectual en todo el mundo y deben ser solicitados al autor (edgarchias@prodigy.net.mx / edgarchias@gmail.com / www.dramaturgiamexicana.com) o a su representante, la Sociedad General de Escritores de México.

® TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

Sociedad General de Escritores de México S.G.C de I.P.

SOGEM. GEM-971027-PT8

Edgar Chías. Socio: 004157 Dept. Teatro

c/José María Velasco #59. San José Insurgentes (03900). México, DF. Tel: (0152) 56307 0230

Fax: (01 52) 5593 6017 Web: <http://www.sogem.org.mx> E-mail: teatro@sogem.org.mx

*Compartimos sólo un desastre lento:
Me veo morir en ti, en otro, en todo
Y todavía bostezo o me distraigo
Como ante el espectáculo aburrido...*

Rosario Castellanos

*De este lado y de aquel y de aquel otro:
Todo anda sobre ruedas.
Si se exponen buenas razones históricas
Y convincentes disculpas estratégicas*

Eduardo Lizalde

Queridos asesinos

Ya no hay delito que perseguir.

INSTRUCCIÓN

La regla es muy simple: se trata de un relato a varias voces no necesariamente indicadas por el autor en favor del juego imaginativo que requiere una puesta en escena inteligente, es decir, un eficiente ejercicio de lectura: un atreverse a mostrar y conocer.

EN EL COMIENZO...

Tienes que decir la verdad. Hablar. Contarlo. No puedes. Te cuesta trabajo. Respiras y guardas el aliento que se te acaba, que se te escapa por esa herida idiota que es la boca abierta. Pum. Pum. Pum. De la pulsión. Lenta y apagada. Más exactamente pum-pum, pum-pum, pum-pum, a contra tiempo obstinado. Esperas que te noten. Que te toque. No es tu turno. Respiras y crick en el pecho. Dolor. Exhalas y ¡Fu!

Te gusta imaginar.

Los ojos clavados en el techo alto, blando- blanco, del quirófano iluminado por esos ojos ardientes que no te miran, pero te bañan o te salpican. Te lamen con sus agudas lenguas quebradas por la humedad de tus ojos entreabiertos. Silencio zumbón se duele en tu oído izquierdo. El otro no responde. Lo dejas en paz. Un calorcillo chirriante se abre paso por tu pecho plano, se derrama y te mancha la camiseta herida y sucia. Adviertes que tú, tu piel y tu carne se van quedando con más frío cada vez...

Y la pulsión vacilante que a trompicones persiste no te suelta a la negrura de ese sueño que te reclama. Respiras. Te gusta imaginar. Crick. Respiras. Dolor intenso, dolor intenso, dolor intenso... Respiras y ¡Fu! Resbalas, cierras los ojos, un lejano y punzante píííí que se queda atrás con un pie clavado en la sala como un ancla inútil, no te detiene ni te devuelve. La sedosidad melenuda de la noche, o algo que se le parece te absorbe: Espacio de la nada del que se recortan brillantes, nítidos, los objetos que inventa el desvarío oscilante de tu memoria rota.

Te gusta imaginar.

Vienen relampagueantes las imágenes a tus ojos que, aún cerrados, no pueden dejar de mirar. Agitas la cabeza y nada. Ahí están. No quieres verlos, y nada puedes hacer, están ahí. Son tus pies desnudos corriendo por el pasto helado de la mañana. Son las ansiosas manos del tipo hurgándote la entrepierna. El camino a tu casa, nocturno y empedrado, en la mirada tuerta de una lámpara débil. La revoltura. Los tirones que te guiaban y tus gritos desesperados en la noche.

Falta el aire. Mejor desviación. Zum. Desviación. Zum. Desviación...

Te escapabas aprovechando el vacío que se eriza y que se derrite dentro, fuera, al lado de ti. Te desvías. Eco. Eco. Eco. Pero vuelves.

Y es la mano ajena y dura en tu boca ahogada. Tu calzón perdido en la garganta. Los puños machacándote la cara. La cosa esa entrando y saliendo, hundiéndosete en la entraña. Esa voz apagada.

—*Estás mojada. Estás mojada. Estás mojada, perrita. Estás mojada...*

Te falta el aire... Ardor, opresión en la garganta, ardor... Algo te revienta, se revienta, reventando...

LA FUGA

La última historia. La última historia que estás leyendo te gusta mucho. Te gusta más porque todo lo que le pasa al personaje se parece mucho a lo que te pasa y te ha pasado a ti, a ti, a ti... Salvo el final. No el final. El final no, aunque te queda la misma sensación de hoja rasgada, de falta de páginas, de algo que terminó y se terminó mucho antes...

Sucede que no tienes tiempo de nada. Trabajas y estudias y llegas a tu casa para encargarte del quehacer porque tus hermanos tienen el derecho de esperar a que llegues y lo hagas tú. Todo tú. Pobre. No te hace mal, eres joven y tienes energía. Incluso sabes que esto te ayuda a no engordar como tu mamá o tu papá. No te hace mal, pero te sientes en desventaja. Como que haber nacido con disposición a usar falda supone ya una desventaja, igual que sentarse a orinar. Eres débil, te dicen (cara de rana). No haces caso. No tienes tiempo de hacerles caso. Eres débil (cara de rana). Son bromas. No tienes tiempo de hacerles caso, los dejas, te vas y por eso aprovechas para leer en el camión. La última historia. La última historia que leíste: Se trata de alguien que vive muy lejos, en otro tiempo y que era propenso a usar falda como tú. También se sentaba a orinar, como tú y como tu hermano el que la tiene chiquita. (Él dice que es para no salpicar, como una atención para ti o tu mamá, pero los otros dicen que no es decencia y que la tiene chiquita. Tú también se lo dices, de vez en cuando.)

—La tienes chiquita.

—Ojete.

Lees en el camión. Vas en la parte en que el Personaje va creciendo, cambia su cuerpo y descubre... se descubre... ciertas extrañas redondeces que le deforman el cuerpo, bigotes en las axilas y una buena dosis de acné... Todo un monstruo. Pobre. Avanzas rapidito.

Tiene una familia muy grande. Doce, contando a los progenitores. Su padre era el jefe de la Tribu y su madre se dedicaba al hogar, qué curioso. Todos sus hermanos son propensos a usar faldas y se sientan a orinar. ¿Habría baños? No, el libro dice que no, que orinaban en el monte. Todos los hermanos, menos Personaje se quedaban a peinar sus cabellos, a colgarse baratijas que hacían con dientes e hilos de lana de las ovejas del padre (que tenía algo parecido a un rancho en el desierto) y a admirarse en un pedazo de vidrio plateado más o menos cuadrado al que prohibían el acceso al personaje principal.

—Espejo.

—Se llama es-pe-jo.

Como en su casa nadie le hacía caso, el Personaje Principal salía todas las mañanas camino al camino que conducía a la aldea, para sembrarse hasta el ocaso en el taller de un escriba que lo empleaba como peón y le obligaba a copiar sendos legajos de garabatos que no entendía porque no sabía leer. Con el tiempo desarrolló gran habilidad con la pluma y el papel. Su caligrafía era hermosa. Era un obrero de la palabra, un copista analfabeto, si se puede decir. Repetía con las manos sin demasiadas preguntas.

Más o menos como tú, que eres empleado y estudias y haces un buen tiempito en camión de tu casa a la escuela, de la escuela al trabajo y del trabajo a la casa. Sin contar las muchas calles que haces a pié mañana y noche, completamente a solas. Ya se lo has dicho a los otros, que te da miedo, que vayan por ti, pero dicen que no te apures, que no te pasa nada. Que a ti no.

La cosa es que te enteras, en los trayectos brincones del camión, que el escriba se apiada de la pobre criatura que es el Personaje Principal. Y un buen día que no tuvo problemas de estreñimiento, una mañana en que el cielo le pareció muy azul y muy limpio y escuchó el alegre cantar del marrano del vecino, la misma mañana en que al fumar la tos lo lastimó al punto de hacerle escupir sangre, le dijo:

—Todo por servir se acaba. A este viejo ya se le anuncia su suerte. Tendrás que aprender a leer. Hará falta un sucesor.

Personaje Principal no entendió si se trataba de una triste casualidad, de una carga más o de un privilegio, pero decidió que el último caso le venía mejor y así lo tomó.

Como tú, que no sabes si pensar que el fulano ese que se aparece siempre por donde vas te está espiando o se ha enamorado de ti. Optas por lo segundo porque te hace sentir mejor y no te da miedo. En este tiempo no puedes confiar en nadie. Nadie es el que parece. Por eso casi todo es peligroso.

TU CARA EN EL ESPEJO -LA REVELACIÓN-

Sabes que a cada paso que das puedes estar contando el último, como no es comprada, no puedes reclamar. Entiendes que la vida es un regalo cruel e idiota de quién sabe quién. Pero idiota y todo, es un regalo y quien te la dio no sabe y no supo todo lo que ponía dentro de esa palabra cortita que soplas en cuatro letras y no acabas nunca de entender.

Por eso la cuidas, porque en medio de las rudezas de lo que te pone miedo en el sudor de las manos, del cansancio y las angustias de qué va a venir mañana, en medio de las hordas de horas atroces en que ningún libro te dice nada, en que tu cuerpo es lastre o engorda y por eso es dos veces una vacua afirmación de existencia atolondrada, hay cosas que vale la pena ver, como los ríos o la nieve o un cambio de estación en que la tierra partida se moja como una verde boca que dice flor o árbol, por ejemplo.

Pero estabas en otra cosa de la que ya no te acuerdas, y mejor decides pensar en el objeto cuadrado y prohibido que la familia de Personaje Principal no le permitía conocer.

Personaje se tomó muy a pecho la tarea de aprender todo cuanto el señor escriba le mostraba, y al fin, luego de las mecánicas repeticiones para transcribir, aparecieron ante sus ojos los siniestros significados de ciertos horrendos textos en los que se licitaba la venta de unas islas que pertenecían a la Nación y en los cuales se discutía si eso era poner en juego o no la soberanía de un país. Personaje, al comprender los contenidos, se hizo una opinión al respecto: Sí es poner en juego la soberanía de un país vender a pedazos su territorio. Con retazos del papel que había sido destinado a la basura, ni siquiera al reciclaje, Principal escribió un boletín con la intención de difundir la noticia, que, dicho sea de paso, no era del conocimiento general. Al terminar se arrojó a la plaza donde la gente se junta para hacer el mercado y repartió los papeles buscando ansioso una reacción.

—¿Y esto qué?

—Una nota.

—Nacadas, panfletos, política.

—Pero léalo por lo menos.

—Es inútil. No sé leer, y aunque supiera, sería lo último que me interesaría. No habla de las estrellas.

—¿Le interesa la astronomía, señor?

—No, la farándula.

Ah, decepción más atroz no pudo llevarse Personaje Principal. Era verdad como lo es ahora: leer es un privilegio que le corresponde a pocos y de esos pocos no se hace uno. Se dedicó, entonces, a la lectura frenética de noticiarios y pasquines para hacerse una opinión política de la tierra de farsantes que pisaba, hasta que llegó a sus manos un libro que parecía viejo y era gordo.

—Cuidado.

—¿Por qué, maestro?

—Eso que tienes en las manos es peligroso.

—No lo puedo creer. Es un libro.

—Justamente. Después de leerlo no hay marcha atrás.

—¿Pero qué puede tener este objeto que sea peligroso para los demás?

—No para los demás, para ti. Después de leerlo solo tendrás dos opciones. Querrás escribir y podrás, o querrás escribir y al no poder te dedicarás al magisterio.

—¿Tan terrible es el contenido?

—Sí, se llama literatura y sirve para hacer rabiar a los envidiosos y para dormir a los tontos.

—A los niños, será.

—A los tontos que serán. Por eso se duermen. Dame acá.

—No. Quiero saber.

—¿Estás totalmente...?

—Seguro, seguro. Yo me hago cargo.

—Que conste. Pero te lo llevas y lo lees a escondidas, porque van a decir que es pornografía y yo no quiero problemas con tu familia.

—De acuerdo.

Respiras, sacudes las piernas que ya se te estaban entumeciendo y reparas en él. Te mira. Te das cuenta que de nuevo está ahí, pero ahora más cerca. Te sonríe y no te quita la vista de encima. No te parece mal, se ve limpio e interesante. Pero por qué te sigue. O será coincidencia que se suba siempre en el mismo camión, a la misma hora, se baje contigo y camine tras de ti. Podría ser tu vecino. Pero no. No es tan invisible como para no haberlo notado antes. No importa. Continuas con lo tuyo.

Se entretuvo Personaje Principal de camino a casa con la lectura del texto. Frotaba sus ojos para poder ver mejor lo que se describía en él.

—No puede ser.

Una secreta agitación se apoderó de su vientre plano y como un hilo rojo que oculta su nombre y a todos les dice que no se llama como se llama: DESEO, le humedeció el asuntito.

—La parte noble.

—La cosa esa, pues.

Le sofocaban las descripciones de-ta-lla-das de lenguas y dedos, de miembros y orificios en infatigable batalla de frotos y tallones hasta, ups, el derrame final.

El libro hablaba de amores muy-muy distintos a los que su familia se refería, de manita sudada y becho en cachete hasta las siete de la noche, como debía de ser. Como debía de ser y no como es de verdad. Hablaba de desnudeces y caricias, de amatoria gimnasia que hirvió la sangre y sesos de Personaje Principal al punto de conducir, sirenamente, con el canto de la carne que acaba de despertar, una mano aventurera hacia la herida amorosa que es camino a su interior. Sss. Pero se detiene, sabe que no puede, Te estás portando mal, se dice, Es una cochinateda, no es normal que siendo mayor que tus hermanos esto te esté pasando más tarde a ti y que seas tan torpe... No es normal. Y corrió a esconderse.

Cerca de casa, para fortuna y goce de sus experimentales encuentros con su cuerpo joven, Personaje Principal encontró una cueva espaciosa y lisa, blanca y abierta que miraba al valle reseco. Esa fue la casa de su locura, laboratorio perfecto para los llantos miserables que vendrían y las audacias anatómicas a que indujo la primera de sucesivas lecturas.

Pero esa noche de intentos Personaje Principal volvió a su casa. Cuando traspuso el umbral a nadie encontró. Hola, decía y ni siquiera el eco, cansado y viejo, le contestaba. Una luz no apagada le hizo pensar que habría alguien en casa. Qué raro, se dijo, pues hubieran avisado que iban a salir. No importa. Se dispuso a leer, cuando al sentarse un destello anodino llamó su atención. Helo ahí. No lo había visto. El objeto prohibido. Se puso de pie. Nervioso y temblando, Personaje dejó el libro en la mesa con las huellas del sudor que le brotaba de las manos heladas y suspiró. Establecíase en ese momento la batalla contra la curiosidad. Si alguien le hubiera preguntado ahí qué es lo que iba a hacer, hubiera dicho que, Lógico, nunca Prudencia y Recato pudieron algo contra Deseo. Dos segundos bastaron para que se desarrollaran en la avasallada cabeza de Personaje oscuros y profundos debates en torno al deber y al poder o no, hacer lo que se le viene a uno en gana. A final de cuentas, cómo pueden los otros saber si le viene bien o no conocer la cosa esa, o el espejo, como lo llamaban, zalameras, sus numerosas hermanas. Decías que dos segundos bastaron para que Personaje se decidiera a ponerse en pie, a dar uno, o dos o tres, los pasos necesarios para encarar su destino, para poner en claro aquello que le había sido vedado. Carajo, después de todo qué de malo podía guardar aquella cosa tan plana, tan brillante, tan... tan... tan. Lo mismo decía el Maestro Sol de este libro que lejos de molestarte... Ay, caray, pensó Personaje Principal al descubrir lo que del otro lado se agitaba en el espejo cantarín que sus hermanas amaban tanto. Pero qué recoños, se decía. Se mueve... Si bien no es para matar del susto, no hay en eso nada que sea adorable, ni mínimamente divertido. Qué horror. Vamos, es francamente asqueroso, mira nomás... y te imita la cosa esa... que se parece... Puta madre, no... No... No puede ser. No. No, por Dios, que no... NO.

Pero sí. Era su reflejo. El grito duró lo que un pellizco de pulga en la autoestima, pero indicó con suficiencia que a partir de ese día las cosas serían totalmente distintas para él. Lloró quedamente y a secas su amargura hasta que, tres horas más tarde, volvieron a casa todos y le encontraron tiritando su desgracia. Al mirar el espejo tirado, no muy lejos de Personaje Principal, todo quedó claro y el silencio fue el mejor regalo que pudieron hacerle. Las hermanas, con una delicadeza aséptica, inusual en ellas, como la de quien cambia el pañal con mierda de un bebé ajeno, la levantaron y la depositaron casi suavemente sobre la cama. La dejaron sola. Los padres supieron que a partir de ese momento sería más difícil sacar a la niña.

—La pobre.

COMO TE VES TE TRATAS

Y todo desfila ante la mirada oculta e interior de tus ojos. Cuando oíste el grito detenido y raspón que laceraba el gañote de Personaje Principal tú también sentiste la rabia, hermana del mismo dolorido amor propio, y el alarido extinto cebarse dentro de ti. Supiste lo que eso significaba porque a ti el espejo no te dice cosas muy lindas que digamos cada que te atreves a lanzar los ojos ahí adentro para alisarte los cabellos o degollar uno de tus barritos que cifran en Braille la desgracia de una mano que pensando decir caricia dice mueca si se pasea por tu cara. Las burlas, los chistes odiosos, las miradillas sibilinas, la soledad de tu infancia y los jalones de greñas que te daban los pinches chamacos de la escuela. Todo un lamentable desfile de humillantes estampitas en las que estabas presente como la gente “especial”, rarita, para no decirte rápida, llana y brutalmente, como la gente jodida.

—Feo.

—Fea.

—Feo.

—Fea.

—Feo.

—Fea.

Feo. Eres feo como pegarle a Dios, como escupirle a un niño o dejarlo morir de hambre, como aplastar un ratón con la rugosa suela de tu más nuevo zapato. Parece que no es nada grave, pero duele. Duele mucho. Es una especie de minusvalía funcional en la que sirves... para servir, para nada más. Si tu sonrisa no es armoniosa, malo. Si estás demasiado chaparrito, malo. Si gordo o si flaco, malo. Malo, malo, malo. No ser flaco, ni güero, ni en moda es ser feo. Ser feo es casi tan malo y tan triste como ser negro en Alemania, o árabe en España, o indígena por acá. Casi tan malo como ser pobre en cualquier parte del mundo. No vales nada. Pero ser feo es peor. Porque siendo negro, árabe o indígena todavía tienes la posibilidad de estar más o menos salvable, no tan tirado en la calle de la amargura. Si eres guapo eres casi negro, o casi árabe o casi indio. Si no eres feo te salvas de los infiernos de la indiferencia y la timidez quintaesenciadas, de la adolescencia tardía de no poder sentirte bien contigo en ninguna circunstancia. Vamos, siendo no tan feo y pobre te queda todavía el consuelo de la calle y la prostitución. Siempre habrá, estés sucio o limpio, alguien que ambicionará tus nalgas, si tu carita no está como pateada por un caballo. No, cuando eres feo te rechingas. Los feos tienen las migajas del marginal, del exiliado social en que se convierten: el triste consuelo de la escuela y los libros. Parece que no pasa nada. Que no se hace mal a nadie al decirle que es feo. Pero no piensan eso las vías del metro que reciben en sus torcidos brazos a los desmañados suicidas, ni las gorditas que acabaron en los pelones huesos de la anorexia, ni los ñangos que se zampan esteroides para muscular. No, no piensan eso un puñado de millones de insomnes que se recetan a sí mismos el amargo aliciente de las *televantas* nocturnas para acariciar la idea de dejar de ser lo que son: una horda de deprimidos. Ser feo, otra manera de nombrar la desgracia nacional.

Pero te alegras. Nunca te dejas. Respiras y te sacudes. Ser feo debe tener sus ventajas. Ja. Sus ventajas. El feo es un clandestino nato, un inconforme abnegado, una cicatriz andante. El feo es el amor por la herida. Le hace un favor al mundo cuando en un gesto de nobleza guarda su desaliño

todo cuanto es posible. Un feo en estos días en que todo te entra por los ojos, en que todo es imagen y la imagen priva sobre la vida misma, es un atentado al orden; es la vindicación de la diferencia en la era de la producción de lo idéntico, de las series masivas de clonación de lo mismo ya sin original; es una arruguita en el neurótico cutis grasoso del mundo, un subversivo grito de naturaleza que dice Vivo, que clama Vivo, que afirma Vivo, aunque lo haga para nada; un feo es un gargajo animado sin sueños, un gusano alado de pies y manos, y un naco, automáticamente, porque nada de lo que usa o hace le queda bien... Puta madre, nada.

Ante un saldo como este, poco estimulante y apachurrador, sólo te queda un consuelo que puede también estar en tela de juicio: crees que eres inteligente. Ja. Crees, nada más. Porque piensas o te dices que piensas. Porque hay una inquietud y una certeza finales que te obligan a cambiar, a dudar, a no estar quieto y hacerte preguntas que no sabes contestar.

—No tienes nada seguro, te dices.

—No tienes nada seguro, entiendes.

—No tienes nada seguro, aceptas.

Pero te mueves...

La noche que leíste este pasaje triste en la vida ficticia de Personaje Principal tuviste un sueño muy raro. Animales inexistentes te rodeaban y te alzaban en sus informes manecillas para arrastrarte, *patitrapo* y *maniatole*, a quién sabe dónde. Lívidos fueron testigos tus ojos de que, en un sitio que no conoces, en el que no has estado, pero al que vas llegando, viste mirarte a tu muerte. Despiertas con sobresalto, la noche lo invade todo. La cama está mojada. Mojada de ti y tienes extrañas e inexplicables ganas... de qué. De qué. De no sabes qué, porque hasta el día de hoy no conoces lo que se esconde tras esa palabra expuesta con su

S socarrona,
esa E gritona
y boba, una X patiabierta
y su muy obscenota O.

Calor. Asfixia. La nueva y vieja angustiante sensación de que esto ya lo habías vivido. Estás solo y te abrazas. Sensación odiosa de vértigo interior, de náusea contenida apenas por el puño cerrado de tu boca apretada. No pudiste dormir y continuaste, muy a pesar de ti, con la lectura. Así se describe al pobre querido amigo, al muy dolorido y triste Personaje Principal:

“...Es... una criatura de silueta armoniosa, poseedora de sinuosidades *casi* perfectas: senos que caben y endulzan el hueco de una mano; caderas macizas y sabrosas de joven hembra solar; torneadas y largas piernas de firme abrazo para el amor; pequeños pies, cual rosa repetida, de suave paso sereno; y un talle que es tallo, de veleidoso balance, tallado y lunar. La piel de ese cuerpo es tan nívea y frágil, de un resplandor amoroso y matutino, que podría también llamarse nube, o cielo, o luz...”

Sí que su figura era bella, pero:

“...A este involuntario monumento animado y natural se oponía la llana fealdad de un rostro asimétrico, cascado por el acné. Por ojos contaba con dos bulbos gotosos, hipertróficos y estrábicos. Se adosaba al esperpento con una sonrisa chueca y renegrada. Estaba coronado, además, por la pelirroja y pajiza pelusa en el cráneo demasiado pequeño para contener, en su conjunto, lo ya descrito y aquella enorme narizota de pinga con gran verruga rosada en la puntita aguileña y torcida.”

No podía estar más cercana y vedada la idiota idea de la felicidad para Personaje Principal. Teniéndolo todo cuanto para el amor se requiere, para el encuentro de los cuerpos, para el frote, el puich-puich, el *meteisaca-meteisaca*; para atascarse gozosamente cuando la gana dijera Voy, la triste suerte de tener esa carita la maldecía biológicamente impidiéndole, de una vez por todas, la posible continuación de su prole. Peor, negándole para siempre jamás la oportunidad de conocer el calorcillo perverso de dos poblando de sudores y humores varios una cama, excluyéndole irremediamente de la inefable tara del marranaje sexual. Y es que una buena parte le entra a uno por los ojos. Y serían los ojos, implacables verdugos gregarios, los que le condenarían al asco compasivo de la fealdad.